

DESPUÉS Y ANTES DE DIOS

PRE-TEXTOS

PRE-TEXTOS

Octavio Escobar Giraldo

DESPUÉS Y ANTES DE DIOS

PRE-TEXTOS

PRE-TEXTOS

NARRATIVA

El jurado del XLV Premio Internacional de Novela Corta «Ciudad de Barbastro» integrado por don Fernando Marías como Presidente, don Manuel Vilas, doña Lourdes Berges, doña Carmen Nuevo, don Luis M. Sánchez Facerías, don Sergio Gaspar y Don Manuel Ramírez, de Editorial Pre-Textos, otorgó, en la ciudad de Barbastro, el día 4 de junio de 2014, el galardón a la novela *Después y antes de Dios*, de don Octavio Escobar Giraldo.



Impreso en papel FSC® proveniente de bosques bien gestionados y otras fuentes controladas

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Diseño gráfico: Pre-Textos (S.G.E.) y *
Imagen de la cubierta: *Vista de Toledo*, El Greco
(Museo Metropolitano de Arte de Nueva York)

1ª edición: septiembre de 2014

© Octavio Escobar Giraldo, 2014

© de la presente edición:

PRE-TEXTOS, 2014

Luis Santángel, 10

46005 Valencia

www.pre-textos.com

en coedición con:



AYUNTAMIENTO DE BARBASTRO

IMPRESO EN ESPAÑA/PRINTED IN SPAIN

ISBN: 978-84-15894-56-8

DEPÓSITO LEGAL: V-1834-2014

ADVANTIA, S.A. TEL. 91 471 71 00

PRIMERA PARTE

*Conque estando en este estado
no le quedan a mis penas
ni asilo que las socorra,
ni amparo que las defienda.*

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ. *Los enredos de una casa.*

PRE-TEXTOS

—DOÑA Carmelita está llorando —dijo Bibiana con su voz de ángel herido, sosteniendo las piernas de mi madre.

Detuve el esfuerzo de levantar el resto del cuerpo apenas un instante; luego flexioné las rodillas y me impulsé hacia la cama matrimonial.

Acomodamos a mi madre en el centro y le entrelacé las manos sobre el pecho. Mis dedos se humedecieron cuando cerré sus ojos.

—Búsquele un vestido limpio, uno blanco. El bordado —añadí temblorosa—. Voy a traer los candelabros.

Bibiana encendió la luz del vestidor y desapareció dentro. Yo caminé hasta la sala y sin despegar los labios pedí perdón a la Inmaculada Concepción por apagar los velones ya casi consumidos. No hallé comprensión en los ojos fijos en el resplandor del Espíritu Santo, ni en las manos deformes recogidas hacia el pecho, así que fijé la atención en la parte baja del cuadro, en el detalle de los lirios blancos y las rosas que siempre me

ha gustado, en esas construcciones fantasmagóricas sobre las que flotan los pies de los ángeles, pintados con tanto esmero.

Cargué de vuelta con uno de los candelabros de bronce, musitando una oración. Bibiana aseaba el cuerpo de mi madre; sin ropas parecía un animalito indefenso, lleno de arrugas y de manchas.

—¡Cúbrala, por Dios! —grité y desvié la mirada.

—Yo sólo quería lavarla bien —se excusó y entró al baño. La toalla cayó en la bañera con un sonido que retumbó en el fondo de mi alma.

—Vístala y nada más —exigí abrumada, los músculos de la nuca en tensión.

Tomó el vestido del sofá y comenzó a ponérselo. Me sentí incapaz de ayudarla y huí a la cocina. Sostuve un rato el crucifijo en filigrana de plata dorada que compré en Quito, rogando a Dios consuelo y benevolencia, reprimiendo el llanto. Saqué dos velones de un gabinete y les quité el celofán.

Cuando regresé, el blanco le había devuelto a mi madre la apariencia virginal. Pese a la sangre en la colcha, a la desviación dolorosa de la boca, a la suciedad de las plantas de los pies, era otra vez la mujer que todos admiraban y querían, la que puso en cada acto de nuestras vidas un toque de distinción y de belleza. Me acerqué y besé sus labios aún tibios. Por un momento pensé que iba a abrir los ojos: era la primera vez que la besa-

ba en la boca. Entreveré el crucifijo con sus dedos; la argolla matrimonial formaba parte de su índice izquierdo.

Bibiana me observaba muy derecha, su vestido de colores lavados cayendo hasta un poco más abajo de las rodillas. Durante unos momentos su rostro se convirtió en esa máscara que llena de resignación los manuales de historia y los museos. Por fortuna la juventud se impuso a la osamenta indígena y su expresión piadosa contuvo mis ganas de llorar.

—Traiga el otro candelabro. Vamos a velarla.

—Pobre doña Carmelita —dijo.

Asentí, consciente de mi culpa:

—Vamos a rezar mucho. Vamos a rezar mucho por ella y también por nosotras.

Eran las nueve de la mañana del primer domingo de enero. Desde la fotografía en blanco y negro de sus cincuenta años mi padre miraba convencido de que nuestros antepasados habían hecho lo necesario para evitarle cualquier esfuerzo, sus patillas oscurísimas gracias al tinte que le aplicaba el peluquero del Club Manizales, maravillosa su sonrisa. Murió hace quince años, en vísperas de la Feria. Yo montaba uno de los caballos de la Escuela de Carabineros cuando el mayor Becerra se acercó y me comunicó que mi padre estaba en urgencias de la clínica La Presentación. Tardé menos de diez minutos en subir, conduciendo con las manos

agarrotadas por la angustia, pero cuando entré a la unidad de cuidados intensivos, acababa de fallecer. A pesar de las marcas de la mascarilla de oxígeno, su rostro se veía digno, soberbio. Dos monjas nos sacaron a mi madre y a mí de la sala y nos llevaron a la capilla. Nos arrodillamos y rezamos juntas. El poder de la oración logró contener nuestra lágrimas.

Desde entonces fuimos la imagen de la resignación y el decoro. Tuvimos un instante de flaqueza en el funeral: el arzobispo –amigo personal de mi padre–, pidió que uno de sus allegados leyera la epístola y ninguna de las dos se movió, nuestras cabezas agachadas bajo las mantillas negras. Tras unos segundos larguísimos, el tío Aníbal subió hasta el atril, apoyado en el hermoso bastón que heredó de mi abuelo, y leyó la Segunda Carta de San Pablo a Timoteo: *Acuérdate que nuestro Señor Jesucristo, del linaje de David, resucitó de entre los muertos...*

Mi madre y yo inventariamos los bienes familiares, que sumaron menos de lo que todo el mundo calculaba, y concentramos nuestros esfuerzos en la administración de la inmobiliaria. Un apellido intachable nos significaba confianza y respeto, y lo aprovechamos para diversificar el negocio. Comencé a arriesgarme, cada vez más, y los bancos respaldaron mis iniciativas. Todos sabemos lo que hay detrás de la pulcritud y las sonrisas de los banqueros. Cuando las cosas no fun-

cionaron como yo esperaba fueron amistosos y comprensivos, además de implacables.

Mi madre nunca lo supo. Desde tiempo atrás las obras caritativas eran su único interés. “Quiero asegurarme el cielo”, decía en serio para que pareciera en broma, porque pensaba en la muerte aunque no la mencionara. Junto a sus amigas se inmiscuyó en cuanto buena causa les propusieron, empeñada en acumular indulgencias. Convencida de la estabilidad de nuestra empresa, invertía con generosidad en la salvación de su alma. Al principio no percibió mi resistencia frente a algunos de sus gastos, pero cuando lo hizo, interrogó a Albita, nuestra contadora, quien me guardó la espalda. Vi que muy pronto descubriría nuestro descalabro financiero y me desesperé.

Hay personas que tienen un olfato canino para las debilidades de los demás, para sus momentos de crisis, y Daniel Ardila detectó algo en mi comportamiento. Descendiente de una familia de terratenientes, sus padres y hermanos dilapidaron hectárea tras hectárea de las mejores tierras de la región mientras él se convertía en doctor en teología. Amante de la buena comida y los licores, siempre delgado bajo sus camisas con las puntas del cuello abotonadas y los chalecos de rombos, a su regreso de Europa se convirtió en capellán de dos universidades y en guía espiritual de buena parte de la alta sociedad manizaleña. Además de asistir a su

misa y confesarle los pecados, muchos se apuntaban a las excursiones que organizaba por Francia, Italia y Grecia, con unos días reservados para viajar a Tierra Santa, o se inscribían en sus cursos de gastronomía mediterránea, sobre todo las mujeres, fascinadas por su apariencia de príncipe renacentista: cabello ondulado, ojos verdes, barbilla partida, y su voz de barítono, capaz de entonar con propiedad un canto sacro en los momentos culminantes de las ceremonias religiosas o una balada romántica en ocasiones menos pías, y en tres o cuatro idiomas. Enfático en su condena del aborto, lo que le ganó la simpatía del arzobispo, podía ser muy tolerante en otros aspectos. Dudo que fuera casto, por ejemplo. Alguna vez alabó la costumbre de los sacerdotes de antaño de acoger en las iglesias a sus propios hijos bajo la figura de expósitos, para al final de sus días, y en un supuesto acto de caridad, heredarles todo lo que tenían, hasta la parroquia a su cargo:

—Todas nuestras familias, en especial las que valen la pena, descienden de un cura —concluyó malicioso, expulsando el humo del cigarrillo por las fosas nasales.

También recuerdo que una vez conversábamos sobre un conocido que está dedicado al narcotráfico y muy tranquilo declaró:

—A ese negocio se metió todo el mundo. ¿Qué crees que es lo que hacen algunos aquí para vivir como viven?